

COMPRESION del

ATEISMO SARTRIANO

JESUS AGUIRRE, S. J.

Sartre, al escribir "La náusea" en un rincón del Havre (1932), se debate por arrancar su vida del azar: "Quisiera ver claro en mí antes de que sea demasiado tarde."

Veintisiete años más tarde, nos dirá en su obra autobiográfica "Las palabras": "A los 30 años logré el estupendo hecho de escribir en "La náusea" —se me puede creer que muy sinceramente— la existencia injustificada, salobre, de mis congéneres y de poner a la mía fuera de causa. Yo era Roquentin, mostraba en él, sin complacencia, la trama de mi vida..." (1) Un poco más adelante prosigue: "Engañado hasta los huesos y confundido, escribía alegremente sobre nuestra desgraciada condición."

No vamos a enjuiciar inquisitorialmente a un hombre corroído por la cal viva de la duda. Por otra parte, se han realizado numerosos estudios en los que se analizan a fondo sus planteamientos filosóficos.

En este artículo nos limitaremos a presentar una selección de vivencias y acontecimientos de su vida con miras a explicar mejor su posición atea. Lejos de anatematizarlo, queremos tratar de comprender vitalmente a este ateo que es Jean Paul Sartre.

Un ensayo de psicoanálisis existencial

Para acercarnos a este hombre nos hemos servido de su propio método, el "psicoanálisis existencial". Se basa en que "el hombre es una totalidad y no una colección, expresándose enteramente en la más insignificante y superficial de sus conductas" (2).

El mismo recalca, y éste es el avance del psicoanálisis existencial sobre el freudiano, que "las conductas estudiadas por este psicoanálisis no serán solamente los sueños, los actos fallidos, las obsesiones y las neurosis, sino también, y sobre todo, los pensamientos conscientes, los actos acertados y adaptados, el estilo, etc." (ibid. página 663).

Las vetas más ricas para este análisis de su ateísmo las encontramos en un diario fotomicroscópico, "La náusea", y en su autobiografía desnuda, "Las palabras".

Por otra parte, debido al carácter concreto e individual del existencialismo, tanto en su obra filosófica como en la literaria, aparecen muy marcados los relieves de su personalidad. Este es el caso de su obra filosófica fundamental, "El ser y la nada", y el de numerosas novelas y dramas. Entre estos últimos hemos escogido "El diablo y el buen Dios", ya que toca más directamente el problema de Dios.

Sin pretender ser exhaustivos, señalaremos algunas notas para su comprensión. No nos queda sino iluminar en una forma objetiva la postura de J. P. Sartre: "El ateísmo es una empresa cruel y de largo aliento; creo que lo he llevado hasta el fondo." (3)

Su abuelo o el dios atenzante

Su rechazo de Dios está profundamente arraigado en una vivencia infantil: el pánico por la mirada. Veamos a continuación cómo se preforma en Sartre la noción de mirada dentro del círculo familiar.

Anne Marie, madre de Sartre, al morir su marido decidió volver a vivir donde sus padres con su niño de nueve meses. Unos brochazos presentan al Dr. Sartre, abuelo del niño: "...un médico de pueblo que se casó con la hija de un rico propietario del Périgord y se instaló con ella en la triste calle mayor de Thiviers, en frente de la farmacia. Al día siguiente de la boda se descubrió que el suegro no tenía ni un centavo. El Dr. Sartre, furioso, pasó cuarenta años sin dirigir la palabra a su mujer; en la mesa se expresaba con gestos; ella acabó por llamarle mi pensionista (ibid. pág. 14).

En este ambiente de tensión y aislamiento experimenta el niño Jean Paul, por primera vez, las miradas ajenas, y entre ellas las del abuelo: "Quedaba el patriarca; se parecía tanto a Dios padre que muchas veces lo tomaba por él. Un día entró en una iglesia por la sacristía. El cura amenazaba a los tibios con las iras celestes: ¡Dios está aquí! ¡Os está viendo! De pronto, los fieles descubrieron, debajo del púlpito, a un anciano alto y barbudo que los miraba. Salieron corriendo. Mi abuelo decía otras veces que se habían tirado de rodillas." (ibid. pág. 19)

Claramente se ve efectuada en el niño una transferencia a Dios de todas las impresiones que recibe del abuelo. A través de una proyección, Dios es imaginado como un anciano alto y barbudo que

amenaza con sus iras. También aquí aparecen, por primera vez, identificados el ojo escrutador de Dios y la mirada atenzante del viejo. Además, ambas miradas aparecen literariamente envueltas con adjetivos y verbos que expresan terror: "amenazaba", "iras celestiales", "¡os está viendo!", "salieron corriendo".

El niño Jean Paul se siente cada vez más aplastado por la mirada de este anciano alto y barbudo, que lo mismo puede ser su abuelo que Dios: "En los tiempos en que su barba era negra, había dicho que era Jehová, y sospecho que Emile murió por él, indirectamente. Este Dios colérico se saciaba con la sangre de sus hijos..." (ibid. pág. 20).

Ya no se trata de la mirada de un ser indiferente, sino de la de un Abuelo-Dios que sojuzga con cólera. Por eso, aunque su abuelo lo mime y sea para él "el Dios de Amor, con la barba del Padre y el Sagrado Corazón del Hijo", añadirá: "yo dependía de él para todo; adoraba en mí su generosidad" (ibid. pág. 21).

Siente que la mirada ajena le roba su ser y le enajena su personalidad, convirtiéndolo en un ser dependiente, o como técnicamente dirá, en un "ser-para-otro". La convicción de que el hombre marcado por una mirada pasa a formar parte del cementerio de los objetos y de las cosas, acaba por forjarse plenamente en su niñez: "Me acechaban, me tomaban el pulso, la temperatura, me obligaban a sacar la lengua: —¿No te parece que estás un poquito paliducho? —Te aseguro que está más delgado. —Pero, papá, si lo pesamos ayer. Yo, bajo esas miradas inquisitorias, sentía que me convertía en objeto, en la flor de un florero." (ibid. pág. 60)

El momento crucial

Este malestar por las miradas ajenas se convierte en una alergia obsesiva. Ya de joven anhela independizarse, cortando de un tajo toda clase de cordones umbilicales y miradas opresivas. Simultánea-

mente, a los siete años, encontraba, por todas partes, a la muerte con sus bocas de sombra abiertas para zamparlo: "Viví envuelto por el terror, fue una verdadera neurosis... Me sentía de más, por tanto, tenía que desaparecer." (ibid. pág. 65)

Él mismo considera este momento como la etapa más crucial de su vida: "Dios me habría sacado de la pena: habría sido una obra maestra firmada... Yo presentía la religión, la esperaba, era el remedio. Si me la hubieran negado, la habría inventado yo mismo. No me la negaron: me habían educado en la fe católica y supe que el Todopoderoso me había hecho para gloria suya: era más de lo que me atrevía a esperar. Pero después, en el Dios al uso que me enseñaron, no encontré al que esperaba mi alma; necesitaba un Creador y me daban un gran Patrón; los dos eran uno, pero yo lo ignoraba; yo servía sin calor al ídolo farisaico y la doctrina oficial hacía que se me quitasen las ganas de buscar mi propia fe. ¡Qué suerte! La confianza y la desolación hacían que mi alma fuese un terreno elegido para sembrar el cielo en él. Sin ese equívoco, yo habría sido fraile." (ibid. pág. 65)

Pero este equívoco, surgido de la identificación Dios-Abuelo, conserva intacto y aún más bullente el magma de vomitivos que se va acumulando contra ese "gran Espectador" atrozante.

Aunque todavía mantuvo, durante varios años, relaciones públicas con el Patrón Todopoderoso, en privado dejó de visitarlo. Ya la erupción estaba a punto de estallar: "Sólo una vez tuve el sentimiento de que existía. Había jugado con unos fósforos y quemado una alfombrita. Estaba tratando de arreglar mi destrozado cuando, de pronto, Dios me vio: sentí Su mirada en el interior de mi cabeza y en las manos; estuvo dando vueltas por el cuarto de baño, horriblemente visible, como un blanco vivo. Me salvó la indignación; me puse furioso contra tan grosera indiscreción, blasfemé, murmuré como el abuelo: Maldito Dios, maldito Dios, maldito Dios. No me volvió a mirar nunca más." (ibid. pág. 68)

Repercusiones

Estas vivencias de carácter subjetivo o casi neurótico, como afirma él mismo, van a desembocar en un planteamiento filosófico que acabará por dar base a uno de sus argumentos contra la existencia de Dios. Toda mirada despersonaliza, destruye; de ahí que "el infierno sean los otros"; y Dios, que mira sin poder ser mirado, es el mayor de los infiernos, por eso hay que rechazarlo a toda costa. Sólo contando con el proceso expuesto podemos explicarnos la lógica personalista y pasional de su obra filosófica clave, "El ser y la nada". Tiembla al pensar que una mirada pueda cosificarlo, convertirlo en

objeto. Es la vergüenza delante de Dios, es decir, el reconocimiento de mi objetividad delante de un sujeto que no puede nunca transformarse en objeto... Es el origen del temor delante de Dios." (4)

Aquella primera rebelión contra la mirada del abuelo se ha convertido ahora en rechazo de Dios. Lanza piedras contra ese Esperpento de su subjetividad, levantado sobre la figura del abuelo, y maldice a un Fantasma colérico que se nutre con la sangre de sus hijos.

Por otra parte, no le interesa la elección de Dios, pues "un elegido es un hombre al que el dedo de Dios arrincona contra un muro" (5).

Su padre o el dios despreocupado

Otro de los matices de su ateísmo es la despreocupación absoluta de Dios. Se encuentra claramente expuesta en su discurso pronunciado en 1946, "El existencialismo es un humanismo", en el cual sintetiza con claridad su pensamiento. Al final del discurso, explicando cómo el existencialismo es un "esfuerzo por extraer todas las consecuencias de una posición atea coherente", prosigue: "El existencialismo no es un ateísmo que se agota por demostrar que Dios no existe. Más bien declara: aun en el caso de que Dios exista, esto no cambiaría nada: he aquí nuestro punto de vista. No es que vayamos a creer que Dios existe, sino que pensamos que el problema no es el de su existencia; es menester que el hombre se encuentre a sí mismo y se persuada de que nada puede salvarle de sí mismo, aun supuesta una prueba válida de la existencia de Dios." (6)

¿De dónde le puede venir a Sartre este sentimiento de un Dios radicalmente separado de su existencia y de la de los demás? Vamos a señalar otro elemento complementario del anterior análisis.

Jean Baptiste, padre de Sartre, no recibe mejor tratamiento que su abuelo: "Jean Baptiste ingresó en la Escuela Naval para ver el mar. En 1904, en Cherburgo, siendo ya oficial de marina y teniendo las fiebres de Cochinchina, conoció a Anne Marie Scheweitzer, se, apodóro de esta muchachota desamparada, se casó con ella, le hizo un hijo al galope, a mí, y trató de refugiarse en la muerte... Nadie sabe si me quiso, si me tuvo en brazos, si volvió hacia su hijo sus ojos claros, hoy comidos... Durante algún tiempo pesamos él y yo en la misma tierra. Y nada más." (7)

Según él, el vocablo padre significa lo mismo que "despreocupado" o "extraño". Pero a estas frases y epítetos de indiferencia lapidaria añadirá otras más amargas: "Si hubiera vivido, mi padre se hubiera echado encima de mí y me hubiera aplastado. Afortunadamente, murió joven..." "Tuve la

suerte de pertenecer a un muerto." (ibid. pág. 18)

Sartre, como hemos visto, ha oído hablar a menudo de Dios Padre, pero su idea de Él se ha gestado a través de un abuelo odioso, al menos en su subjetividad, y a través también de su padre, un hombre a quien ni conoció ni amó. Él no debe nada a su padre. Su misma existencia salobre se convierte en acusación contra él, y, por tanto, contra el Padre Dios.

Así, incluso admitida la existencia de Dios, éste sería un Fantoche, muy parecido a la figura del viejo en "El malentendido", de Camus, es decir, un espectador pasivo del hombre problemático.

Aún quedaría por analizar si Sartre es un ateo o más bien un antiteísta; si niega la existencia de Dios o más bien se rebela contra ella. Este punto lo dejamos, pues daría tema para otro trabajo.

En su obra teatral "El diablo y el buen Dios" (pág. 151) Sartre pone en boca del personaje Goetz estas palabras: "Si Dios existe, el hombre es nada." Nosotros tan sólo añadiremos que esto es verdad siempre que exista un Dios sanguinario, tal y como se lo ha imaginado él.

El viajero sin boleto

Al final de su autobiografía, Sartre se debate entre la nostalgia de Dios y su rechazo: "Desde hace unos diez años soy un hombre que se despierta curado de una amargura y dulce locura y que no acaba de darse cuenta ni puede recordar —sin reírse— sus antiguos errores y que no sabe qué hacer con su vida. Me he vuelto otra vez el viajero sin boleto que era a los siete años; el revisor ha entrado en el compartimento, me mira, menos severo que antaño, en realidad, sólo quiere irse, dejarme que termine el viaje en paz; que le dé una excusa válida, cualquiera, y se contentará. Desgraciadamente, no encuentro ninguna y, por lo demás, ni siquiera tengo ganas de buscarla. Quedaremos cara a cara, en el malestar, hasta Dijon, donde sé muy bien que nadie me espera." (Las palabras, pág. 162.)

Ojalá, Jean Paul, te espere Alguien, allá en Dijon, al final de tu viaje, con los brazos abiertos y con una mirada nueva.

- (1) "Las palabras", Edit. Losada, 1965, p. 161.
- (2) "El ser y la nada", Edit. Gallimard, 5ª edic., p. 656.
- (3) "Las palabras", p. 162.
- (4) "El ser y la nada", 2ª edic. 1949; p. 350.
- (5) "El diablo y el buen Dios", Edit. Losada, pp. 37, 151.
- (6) "El existencialismo es un humanismo", Edit. Gallimard, p. 95.
- (7) "Las palabras", pp. 14-15.